

blemente todo su ejército. La idea de que Mac-Mahon se abría paso hacia el Oeste fué tomada tan vivamente en consideración por los alemanes, que la misión confiada á los sajones, á la guardia real y al primer cuerpo bávaro, en sus ataques al arroyo de Givonne, fué únicamente cerrar el camino á los franceses si tratasen de retirarse hacia el Oeste (1), de la misma manera que lo habían hecho los prusianos delante y detrás de Metz.

La batalla del 1.º de setiembre empezó á las cuatro de la mañana con un ataque emprendido por la primera división (Stephan) del primer cuerpo de ejército bávaro (Tann) contra la aldea de Bazeilles, para cerrar allí á los franceses su puerta de salida en dirección Este. La aldea fué defendida por tropas de marina, la mejor infantería de los franceses, calle por calle y casa por casa, con perseverancia impávida; pero con la misma perseverancia y el mismo valor extraordinario repitieron los bávaros sus ataques. La primera división había combatido tres horas derramando la sangre á torrentes y otras tres horas combatió auxiliada por la segunda división bávara (Schumacher), hasta que á las diez quedó en su poder la aldea incendiada.

Entretanto había cambiado dos veces el mando en jefe por parte de los franceses. A las seis y media de la mañana lo había tomado el general Ducrot en lugar del mariscal Mac-Mahon, y á las nueve lo tomó el general Wimpffen; de suerte que Ducrot solo tuvo el mando unas dos horas, en cuyo tiempo no pudo hacer mas que una sola tentativa que naturalmente no cambió en nada la situación general. Sin embargo, esta tentativa le honra mucho, porque la idea que la dictó era perfectamente acertada, y solo Ducrot la tuvo y no Mac-Mahon antes de él ni Wimpffen despues de él, por cuya razón este corto intermedio merece una exposición mas minuciosa que todo el largo epílogo que tuvo por autor á Wimpffen.

Al romper el día formó el ala izquierda de los franceses el 7.º cuerpo (Douay), entre Floing é Illy; el ala derecha estaba formada por el 12.º cuerpo (Lebrun), que se hallaba en las aldeas de Balan, Bazeilles, La Moncelle, La Platinerie, y entre estas dos alas estaba el primer cuerpo de Ducrot cerca de Givonne y Daigny. La división Lartigue pasó cerca de Daigny el arroyo de Givonne y marchó al bosque de Chevalier. Los restos del quinto cuerpo, que mandaba desde el 31 de agosto el general Wimpffen en el puesto de Faily, estaban en el interior de la ciudad y en el inmediato «campamento viejo.»

Cuando á las seis y media, segun dice Mac-Mahon, el comandante Riff en nombre del mariscal entregó el mando en jefe al general Ducrot, y cuando éste recibió inmediatamente al general Faure, jefe del estado mayor del ejército, con todo el estado mayor, dijo Ducrot: «Tarde es y grande es la responsabilidad; mas no importa, nos encargamos de ella con resolución;» y dirigiéndose despues á los oficiales de su estado mayor, añadió: «No hay ni un momento que perder. Tenemos que volver á seguir nuestro plan de ayer. El enemigo nos ocupa en el centro mientras que procura envolver nuestras dos alas; esta es su maniobra eterna, pero

(1) El general alemán Blumenthal dijo en su orden del 31 de agosto á las nueve de la noche: «Para detener al enemigo en el caso de que quiera retirarse por la orilla derecha del Mosa á Mezieres, y para impedirle de continuar su marcha, pasará mañana 1.º de setiembre una parte del ejército el Mosa, cerca de Dom-le-Mesnil y de Donchery.» El príncipe heredero Alberto de Sajonia dijo en su orden del 1.º de setiembre por la mañana, á las once y cuarenta y cinco minutos: «Hay motivo suficiente para creer que el enemigo tratará esta noche de retirarse por el camino que conduce de Sedan á Mezieres, aunque sea dejando atrás todo su bagaje.» Véase la obra del estado mayor prusiano, tomo II, página 295.

esta vez no seremos tan necios que nos dejemos coger así.» Los oficiales no participaron de su opinión, diciendo que, muy al contrario, todo marchaba muy bien; que apenas se había hecho de día y había tiempo delante para aguardar. «¿Aguardar, qué? preguntó el general; ¿aguardar hasta que estemos completamente cercados? No hay que perder ni un solo instante. Ejecuten ustedes mis órdenes y basta de objeciones (2).»

Ducrot ordenó la reunión del ejército en la altura de Illy, donde supuso con perfecta exactitud que tenían proyectado unirse las dos grandes columnas del ejército enemigo para cerrar el anillo de hierro, que únicamente quedaba abierto en aquel punto en el Norte.

Había mandado al general Forgeot que pusiera inmediatamente en marcha el bagaje de la artillería y á la intendencia militar había dado igual orden respecto de los carruajes de la administración. Convenía no perder un momento, porque Ducrot acababa de distinguir desde la altura de Givonne, al través de la neblina y á una distancia de unos dos kilómetros, grandes masas negras que se movían de Sur á Norte; y en aquel mismo instante había llegado un campesino á toda prisa con un papel del alcalde de Villers-Cernay haciéndole saber que desde el amanecer pasaban muchas tropas prusianas por aquella población y por Francheval. La intención del enemigo no podía estar ya mas clara: quería cerrar la única abertura que quedaba en el Norte para cercar al ejército francés completamente. A esto era menester oponerse con todas las fuerzas.

Ducrot espoleó su caballo para ver si el general Lebrun había empezado á operar con el 12.º cuerpo en el sentido que se le había ordenado, y dijo á Lebrun, que acababa de recibir un ligera herida: «¿Ha recibido usted mis órdenes y ha empezado la marcha?» á lo cual contestó Lebrun: «Debo observar á usted que la ventaja está de nuestra parte; los bávaros ceden, nuestros soldados no son flojos y sería lástima no sacar ventajas de esta situación. Yo temo que un movimiento de retirada desanime á nuestros soldados y que el tal movimiento se transforme en disolución.» A esto contestó Ducrot: «Amigo mio, aquí no hay tiempo de reflexionar; mientras el enemigo nos ocupa por el lado de usted, realiza la maniobra de cercarnos. Lo que sucede del lado de usted no es serio; la verdadera batalla se verá muy pronto detrás de nosotros por el lado de Illy. Vea usted, — y diciendo esto señaló á Lebrun la cordillera desde el Monte Calvario cerca de Illy hasta Floing; — allí en la extensa meseta, allí es donde hemos de reunir nuestro ejército, y hecho esto y teniendo nuestra izquierda apoyada sólidamente sobre Illy por la artillería de Sedan, nos hallaremos en buena posición. Si me equivoco y no se cumple mi prevision, si el enemigo no viene detrás de nosotros y se contenta con atacarnos de frente, entonces volveremos al ataque del centro y le arrojarémos al valle del Givonne. Le repito á usted que no es tiempo de vacilar.» Lebrun no repuso nada á esto y prometió ordenar en seguida la marcha de retirada.

Ducrot creyó con razón que la idea de Mac-Mahon y de Wimpffen de abrirse paso hacia Carignan hubiera sido ya el 30 y 31 de agosto el camino segurísimo de perderse, y que á la sazón, cuando el enemigo había pasado con todo su ejército el río Chiers, querer efectuar aquella idea seria una verdadera demencia, pero que en cambio quedaba en el Norte aun una última esperanza, mientras la vanguardia del undécimo cuerpo de ejército alemán se hallaba todavía en Vrineaux-Bois y estaba muy distante del campo de batalla el quin-

(2) *La journée de Sedan par le général Ducrot*, Paris, 1871, páginas 20 y siguientes.

to cuerpo de ejército. En efecto, despues de la capitulación tuvo Ducrot una conversación con el general Blumenthal, jefe del estado mayor del príncipe real de Prusia, el cual le confesó que durante varias horas del 1.º de setiembre había tenido gran temor de que los franceses dieran en el Norte un golpe desesperado, «porque allí tenía yo, dijo Blumenthal, hasta la una de la tarde solo 200 cañones defendidos por algunos escuadrones de caballería. — Eso era muy temerario, contestó Ducrot. — ¿Temerario? repuso Blumenthal, no señor, atrevido sí. En la guerra ya lo sabe usted, mi general, se ha de proceder tambien segun el estado del espíritu del enemigo. Nosotros sabíamos que ustedes estaban muy abatidos, y de consiguiente pudimos arriesgar mucho.»

El 12.º cuerpo emprendió por brigadas la marcha. El emperador, que recorría á caballo las inmediaciones de Balan, observó con sorpresa este movimiento y mandó recado á Ducrot para que le explicara la maniobra. Ducrot contestó al oficial de órdenes del emperador: «Diga usted á S. M. que lo que pasa á nuestra derecha no tiene importancia, pues allí nos ocupa el enemigo para procurar envolver nuestra ala, y que detrás de nosotros hacia Illy se librará pronto la verdadera batalla. Diga usted que en este concepto tomo mis disposiciones; yo efectúo ordenadamente mi retirada para tomar posiciones nuevas y la efectúo con la mayor rapidez, sin detenerla por nada.»

El emperador nada contestó, porque había renunciado positivamente á todos los derechos de general en jefe.

Pero lo que no hizo el emperador, y de lo que de haberlo hecho se habría arrepentido inmediatamente, lo hizo el general Wimpffen, que llamado hacia poquísimos días de Argel, había llegado en 30 de agosto al campamento con dos cartas oficiales del ministro de la Guerra, Palikao, en una de las cuales el ministro le nombraba, con fecha del 23 de agosto, jefe del 5.º cuerpo, y en la otra le daba instrucciones para que tomara el mando en jefe de todas las fuerzas que se hallaban á las órdenes del mariscal Mac-Mahon en caso de que á éste le sucediera una desgracia (1). Al llegar á Sedan hizo uso Wimpffen inmediatamente de la primera carta cuando el 31 de agosto compareció en el campamento viejo, presentándose al general Faily como su sucesor en el mando del 5.º cuerpo, sin que Faily tuviese ni remotamente sospecha de que Wimpffen fuera su sucesor. De la segunda carta no hizo ningun uso aun cuando tuvo conocimiento de la herida de Mac-Mahon y de haber recaído el mando en jefe en Ducrot. Pero cuando al cabo de dos horas vió efectuarse la retirada en dirección del Noroeste, se reveló como nuevo general en jefe, escribiendo á Ducrot: «El enemigo está á nuestra derecha y se retira. Envío á Lebrun la división Grandchamp. Creo que en este momento no debe hablarse de retirada. Tengo una carta del ministro de la Guerra que me nombra general en jefe, pero de esto hablaremos despues de la batalla. Usted se halla mas cerca del enemigo que yo; emplee usted toda su energía y pericia para alcanzar la victoria sobre un enemigo que se encuentra en situación tan desfavorable. En su consecuencia, apoye usted á Lebrun con vigor y vele usted sobre la línea que está encargado de sostener.»

A toda prisa fué el general Ducrot á ver á Wimpffen para decirle que no le disputaba el mando en jefe, por ser mas antiguo que él en el servicio, si bien él (Ducrot) había sido nombrado jefe por el mariscal Mac-Mahon, en cuyo mando le había confirmado el emperador; pero que aquel no era el momento de provocar conflictos y que se hallaba pronto á apoyarle con todas sus fuerzas. Sin embargo, debía observar

(1) Véase la obra del general Wimpffen: *La batalla de Sedan*.

que hacia dos días que se hallaba enfrente de los prusianos y conocía mejor que Wimpffen su táctica; que había estudiado la posición y la topografía, y creía evidente que el enemigo intentaba cercar al ejército francés; que había visto con sus propios ojos lo que confirmaba el aviso del alcalde de Villers-Cernay, y le conjuraba en nombre de la salvación del ejército que no pusiese obstáculos á su retirada, porque dentro de dos horas seria ya tarde.

«¿Por qué retirarse si Lebrun tiene ventaja? preguntó Wimpffen, y continuó: — Unamos todas nuestras fuerzas para aplastar á los que Lebrun tiene delante. — Pero, preguntó Ducrot, ¿adónde se figura usted que se dirige la infantería que hoy desde la mañana pasa por Francheval y Villers-Cernay, sino á Illy?»

«¿Illy? preguntó Wimpffen, ¿qué es Illy? — A esto contestó Ducrot: — ¡Ah! ¿usted no sabe lo que es Illy? Pues bien, mire usted aquí, — y diciendo esto extendió el mapa delante de él, estando á caballo, y añadió: — ¿Vé usted el arco que describe el Mosa hacia el Norte y que deja entre el río y la frontera belga solo un espacio estrecho, que ofrece el único paso? esto es Illy. Si el enemigo se apodera de este paso, estamos perdidos.»

Wimpffen echó una mirada fugaz al mapa y dijo: «Sí, sí, todo está muy bien; pero por lo pronto Lebrun tiene ventaja y hay que aprovecharla. Lo que necesitamos es una victoria y no una retirada.»

Ducrot contestó á esto: «¡Ah! ¿usted necesita una victoria? Muy dichosos seremos si hoy por la noche nos queda todavía una retirada.»

Con el corazón oprimido y desesperado partió Ducrot al galope, y mandó otra vez bajar de la altura á que acababan de subir las dos divisiones de Pellé y Lhérier.

Dispuesto esto, fué á todo escape al bosque de Garenne, viendo allí que era mal seguro el camino hacia el Norte. El mismo emperador empezó á mirar con creciente inquietud el giro que Wimpffen daba á la situación militar, y cuando pasó por el barranco Fond-de-Givonne se le acercó un oficial de cazadores y le dijo: «Señor, soy natural de esta comarca y la conozco toda á fondo. Si se deja al enemigo rodearnos por el lado de Illy, estamos perdidos.» Impresionado por esto el emperador se dirigió á Wimpffen, al cual comunicó lo que acababa de oír; pero el general le contestó: «No tema V. M. Dentro de dos horas los habré arrojado al Mosa.» Un oficial del séquito al oír esta contestación murmuró: «¡Quiera Dios que no nos echen á nosotros!»

Todo el mundo vió el peligro menos el general en jefe. A las once poco mas ó menos se oyó un violento cañoneo por la parte de Floing y luego por la parte de Fleigneux. Había empezado el combate por la posición de Illy. Ducrot marchó al galope al Monte Calvario, donde le detuvo una corriente de hombres y caballos, infantería, caballería y artillería, que en confuso tropel se precipitaba en dirección contraria á la suya. Vanos fueron sus esfuerzos para detener aquella corriente impetuosa; nadie le escuchaba y todos huían. En el mismo instante regresó al galope del bosque de Givonne un regimiento de coraceros. Ducrot corrió á su encuentro y suplicó á su jefe que se detuviera y sostuviera solo algunos instantes la posición, mientras le llevaba al momento refuerzo. Dicho esto, se dirigió á toda prisa en busca de Wimpffen, á quien halló al Sur del bosque, y le dijo desalentado: «Mi predicción se ha cumplido mas pronto de lo que creía. El enemigo ataca ya el Monte Calvario de Illy. Douay está muy conmovido. Los momentos son preciosos. Apresúrese usted á enviar refuerzos si quiere sostener esta posición.»

»Pues bien, dijo Wimpffen, cúidese usted de esto, reúna

usted lo que pueda en tropas de todas las armas y sostén-gase usted allí, mientras que yo me cuido del 12.º cuerpo.» Wimpffen solo veía en todo el campo de batalla el punto por donde pensaba abrirse paso hacia Carignan, y donde intentaba arrojar á los bávaros al río.

Lo que sucedió aquel día importante y decisivo, ocurrió en el Oeste y Este, es decir, justamente en la parte á la cual el nuevo general en jefe daba la espalda, porque ignoraba la topografía del campo de batalla y ni siquiera sospechaba la intencion del enemigo.

El cañoneo cuyo terrible efecto acababa de observar el general Ducrot, procedía de las baterías del 11.º y 5.º cuerpos de ejército, que despues de pasar por el difícil estrecho de la carretera junto al bosque de La Falizette, sin aguardar á la infantería y caballería, se habian desplegado en línea prolongada, teniendo las masas de caballería enemiga delante y la frontera belga detrás. Allí, pues, no fué sacrificada la infantería alemana, como en la toma de Saint-Privat, sino que hicieron el trabajo las baterías, cuyo efecto mortífero obligó al cuerpo de Douay á evacuar á la desbandada el Monte Calvario delante de Illy; de suerte que bastaron despues un par de compañías para tomar esta altura sin combate y quedar así en posesion de la llave de la posicion francesa. De solo el cuerpo de Douay volaron en el curso de la batalla 40 cajas de municiones, con lo cual se tendrá una idea del acierto de la puntería de los artilleros prusianos. De igual manera se llevó á cabo el ataque sobre el bosque de Garenne, ataque decidido tambien desde luego por la artillería de la guardia, mandada por el príncipe Kraft de Hohenlohe-Ingelfingen, el cual refiere en sus *Cartas militares* (1) lo siguiente: «Una batería enemiga tirada por caballos blancos corrió desde el Fond-de-Givonne hacia Givonne con intencion de tomar posicion entre esta aldea y el bosque de Garenne. Tan pronto como se dejó ver en la altura, las tres baterías de la primera division de infantería de la guardia dirigieron el fuego contra ella. La batería francesa quedó hecha astillas al instante, antes de poder disparar un solo tiro. Lo mismo sucedió á una segunda y tercera batería.» En un folleto francés publicado inmediatamente despues de la campaña se lee: «El emperador mismo trató de colocar las tres baterías al salir del Fond-de-Givonne. Las tres fueron deshechas sin poder disparar un tiro.»

Despues de la caída de Illy la toma del bosque de Garenne completó la derrota de los franceses, y para hacer este trabajo mejor, señaló el comandante de la artillería de la guardia á cada batería su parte del bosque, con órden de dirigir los primeros disparos al borde y los siguientes sucesivamente mas adentro. De esta manera fué sembrado todo el bosque sistemáticamente de granadas hasta la profundidad de 500 pasos y lo que se dejó ver fuera del bosque fué al instante blanco de todas las piezas prusianas y quedó completamente aniquilado. De esta manera tiraron las baterías prusianas como quien hace ejercicios al blanco, sin tener la menor pérdida. Por fin pareció haber llegado el momento del ataque de la infantería, momento señalado con una salva general de todas las piezas. A las dos y media se disparó la salva y la infantería subió á la montaña. «Con atencion febril dirigimos nuestras miradas al bosque para ver si en su borde perecerian tantas víctimas como en la toma del de Saint-Privat; pero la resistencia resultó casi nula. En la mayor parte del borde salieron los franceses completamente desazonados al encuentro de nuestras tropas, exclamando:

(1) Segunda edicion, Berlin, 1887. Se citan las mismas cartas en la obra: *Alfredo Krupp y el desenvolvimiento de la fábrica de acero fundido en Essen*, por Dietrich Baedeker, Essen, 1889.

«¡Piedad, piedad, no podemos mas; estamos confundidos por el fuego de vuestra artillería!»

Al mismo tiempo que era destrozada de esta manera el ala derecha de los franceses, su heroica caballería de reserva (formada por las divisiones de Margueritte y Bonnemain) hizo los últimos esfuerzos desesperados para preservar al ala izquierda de la misma suerte. Tres y hasta cuatro veces se arrojaron con ímpetu sobre la infantería prusiana de la brigada 43, cerca de Floing y Cazal, las espesas masas de la caballería francesa, compuesta de lanceros, coraceros, cazadores y húsares, atravesando las líneas de los cazadores alemanes, que delante de ellas se replegaban para dejarlas pasar; pero cuando hubieron rebasado estas líneas, entraron en el rápido y destructor fuego graneado de las compañías prusianas que estaban delante á la derecha y á la izquierda, y que sin formar cuadros les dejaron llegar hasta ciento ó ciento cincuenta pasos y les dispararon entonces sus mortíferas descargas. Despues de un instante, viendo la mitad de sus oficiales é individuos revolcándose en el polvo, destrozados y mezclados en confusos montones con sus caballos, se retiraron al galope los restos de estos valientes escuadrones.

Todo el semicírculo exterior que domina el semicírculo interior y la ciudad de Sedan, se hallaba ocupado por 500 piezas de artillería alemanas, y en poder de la infantería las mas importantes posiciones dentro del semicírculo, cuando á las cuatro de la tarde el rey Guillermo, situado en la altura detrás de Frenois, en la orilla izquierda del Mosa, al Oeste de Donchery, donde estaba el príncipe heredero con su estado mayor, dió como general en jefe de todo el ejército la órden de reunir toda la artillería disponible en la orilla izquierda del Mosa y dirigir su fuego sobre la ciudad de Sedan, para conseguir así la rendicion mas pronto y ahorrar al ejército aleman nuevos sacrificios. A este fin se hicieron acercar tambien las baterías wurtemberguesas de Donchery y fueron colocadas á ambos lados de la gran carretera al Este de Frenois. A los primeros tiros se levantaron las llamas en varios puntos de la ciudad. Las primeras compañías del quinto regimiento de cazadores bávaros se acercaron á la puerta occidental de la fortaleza, donde encontraron poca resistencia, y cuando iban á pasar por encima de las empalizadas apareció ondeando en la ciudad la bandera blanca y cesó al mismo tiempo el fuego de los franceses. Este ejemplo fué imitado por los alemanes sucesivamente en todos los puntos.

A las seis quedó concluida la lucha, habiendo sido el mismo emperador Napoleon el que personalmente habia izado la bandera blanca, despues que los generales Ducrot, Lebrun y Douay le habian dicho que toda resistencia era inútil; que las tropas, que hacia doce horas se encontraban en fuego sin tener descanso ni alimento, se hallaban completamente desanimadas; y que todas las que no habian podido entrar otra vez en la ciudad incendiada, se hallaban en grandes masas reunidas en los fosos y junto á las murallas de la plaza; en fin, que la situación era tal que necesitaba una solución rápida.

Lo que desde entonces ocurrió lo ha referido el mismo emperador en sus *Obras póstumas* (págs. 121-123). Segun dice, habia continuado desde la marcha de Chalons hasta aquel momento en la situación irregular del hombre que llevaba todavía el título de emperador y que no era ya ni jefe del Estado ni general; pero que al fin, viendo que por un infortunio inaudito parecían condenados 80,000 hombres á morir sin poder combatir, se acordó de que era soberano y responsable de las vidas de tantas personas y que no debía dejar acuchillar á unos valientes que en adelante podrian servir y ser útiles á su patria. Envió, pues, un ayudante á la ciudadela para convencerse del verdadero estado de la situación. Cos-

tó mucho trabajo al ayudante abrirse camino al través de las masas de soldados fugitivos, que llenaban todas las calles y la ciudadela. La relacion del ayudante confirmó las declaraciones de los generales, y entonces Napoleon envió al general Lebrun para que diese al general Wimpffen, que estaba todavía ocupadísimo con su plan de arrojar á los bávaros al Mosa, la órden de solicitar una tregua para tener tiempo de retirar los heridos y reflexionar lo que convenia hacer. Lebrun no regresaba; el número de las víctimas iba en aumento y al fin se decidió el emperador á izar por su propia mano la bandera de parlamento para poner término á la efusion de sangre.

En el citado escrito dice el emperador: «Al tomar esta decision comprendió Napoleon III todo el peso de la responsabilidad que contraía, y oyó en su mente todas las acusaciones de que seria objeto. La situación se le presentó en toda su gravedad, y el recuerdo de un pasado glorioso aumentó el dolor con el contraste de la actualidad. ¿Cómo habia de permitirse que el ejército de Sebastopol y Solferino fuese obligado á deponer las armas? ¿Cómo hacer comprender que las tropas, reunidas en estrecho sitio como estaban, no podian recobrar el órden necesario para volver á combatir, aumentando por lo contrario la confusion cuanto mayor era su número? ¡Era, pues, necesario que el esplendor de la gloria que hasta entonces habia rodeado con razon al ejército francés se extinguiera en un solo día y que el emperador, en vista de un infortunio sin igual, quedara á los ojos de todo el mundo, él solo, aunque ajeno á las resoluciones tomadas, como responsable de todas las desgracias que venian en pos de la guerra! Para que nada faltara en este momento terrible, y para llenar la copa de la amargura, el general Wimpffen envió al emperador su solicitud de dimision; por manera que quedaba el ejército desmoralizado, sin cabeza ni direccion, cuando justamente era menester la mayor energía para restablecer siquiera un poco de órden, á fin de poder tratar con el enemigo con algo mas de esperanza de éxito. No le fué admitida la dimision, y Wimpffen comprendió que despues de haber mandado en la batalla tenia tambien el deber de no desertar de su puesto en momentos tan críticos.»

Mientras se izaba la bandera blanca se presentó un oficial prusiano, el teniente coronel Bronsard de Schellendorf, solicitando que se le condujera al cuartel general. De él se supo que el rey Guillermo se hallaba delante de las puertas de la ciudad, por cuya razon creyó el emperador que lo mejor para él seria dirigirse desde luego á la cabeza de la confederacion alemana del Norte, y respecto de esto dice en su escrito: «Se habia repetido con tanta frecuencia en los periódicos que el rey de Prusia no hacia la guerra á la Francia sino únicamente al emperador, que éste se figuró que desapareciendo de la escena y entregándose en manos del vencedor, alcanzaria condiciones mas ventajosas para el ejército y que al mismo tiempo facilitaria á la regente la posibilidad de hacer la paz en Paris.»

Ahora se sabe que aunque en los años 1814 y 1815 no se distinguió entre la Francia y el emperador, sí se hizo esta distincion en el año 1870.

Al pasar la frontera de Francia, el rey Guillermo habia dicho en su alocucion que combatia solo contra la Francia armada, solo contra los soldados, pero no contra ciudadanos pacíficos, lo cual era muy diferente de lo que Napoleon III se figuró. En esta ilusion, no obstante, escribió al rey Guillermo el siguiente billete:

«Mi señor hermano: No habiendo podido morir en medio de mis tropas, solo me queda entregar mi espada en manos de V. M.

»Soy de V. M. su buen hermano: *Napoleon*.

»Sedan, 1.º de setiembre de 1870.»

El general Reille llevó este billete al rey Guillermo, que estaba en la altura de Frenois, y llevó tambien su contestacion á Sedan; y cuando regresó de Sedan ya se habia comunicado el contenido de esta correspondencia entre las tropas alemanas, que recibieron á Reille en todas partes con interminables hurras, expresion decisiva del deseo general de la paz, que todo el mundo creyó mas inmediata de lo que fué en realidad. La espada que Napoleon habia entregado, era la espada de un emperador destronado; pero no la espada de la Francia.

CAPITULO VI

LA RENDICION; DONCHERY Y FRENOIS

El acto personal de izar la bandera blanca fué el último que Napoleon III verificó como soberano. En la carta que escribió al rey Guillermo ya no habló como jefe de Estado ni como jefe de ejército, y por esto no mencionó ni fortaleza ni ejército, ni armisticio, ni paz; solo anunció su renuncia personal á la continuacion de una lucha irremisiblemente perdida, sin añadir la menor indicacion sobre si esta renuncia se referia tambien á otros y hasta qué extremo. La segunda intencion que estaba en el fondo de esta carta quedaba, pues, manifiesta, y el rey Guillermo estaba muy lejos de esperar una carta redactada en tales términos.

Cuando á la caída de la tarde del 1.º de setiembre el general Reille, á las seis y media, llevó la carta del emperador, encontró al rey en la altura de Frenois con el príncipe heredero, á quien habia hecho llamar desde Donchery, en medio de un semicírculo formado por Bismarck, Moltke, Roon y los príncipes presentes. A pocos pasos del rey se apeó el oficial y dirigiéndose al rey le entregó la carta del emperador. Todos se retiraron á respetuosa distancia del soberano, que abrió la carta y la leyó en medio del mayor silencio, llegando únicamente á la altura el confuso ruido que en el valle producian las voces de los millares de guerreros. Despues de leer la carta la entregó el rey á Bismarck, que la leyó al príncipe heredero y á los generales Moltke y Roon, hecho lo cual le mandó el rey que redactara la contestacion. Bismarck la dictó al conde Hatzfeld y despues la escribió el mismo rey Guillermo de pié derecho, sirviendo de mesa dos sillas colocadas una sobre otra. El príncipe heredero facilitó el papel con el membrete real, y el gran duque de Weimar proporcionó la pluma y el tintero. Esta carta, escrita en lengua francesa, decia:

«Mi señor hermano: Sintiendo las circunstancias, acepto la espada de V. M. y le suplico que se sirva nombrar á uno de sus oficiales, provisto de poderes, para tratar de las condiciones de la rendicion del ejército, que con tanto valor ha combatido bajo las órdenes de V. M. Por mi parte he destinado para tratar de este asunto al general Moltke.

»El buen hermano de V. M.: *Guillermo*.

»Delante de Sedan, 1.º de setiembre de 1870.»

Cuando hubo partido Reille con la contestacion, se abrazaron el rey y su hijo. El último refiere sobre esto lo siguiente: «No pude menos de recordar el 3 de julio; júbilo inmenso de las tropas, que cantaban el *Te-Deum*; yo no pude reprimir las lágrimas.» Todos acudieron para festejar la mas decisiva de las victorias. El entusiasmo era indescriptible y se desahogó en abrazos, lágrimas de alegría y exclamaciones de júbilo. En los ojos del rey se leía la alegría que llenaba su corazon conmovido y tambien los cuidados serios que hacian contrapeso á esta alegría. A todas las felicitaciones y expresiones de esperanza, contestó solo con apretones de mano. Entre los muchos ébrios de alegría, parecia ser él el único